

# George Orwell

## 1984

Traducción de Rafael Vázquez Zamora

**DESTINO**

# Parte primera

## I

Era un día luminoso y frío de abril y los relojes daban las trece. Winston Smith, con la barbilla clavada en el pecho en su esfuerzo por burlar el molestísimo viento, se deslizó rápidamente por entre las puertas de cristal de las Casas de la Victoria, aunque no con la suficiente rapidez para evitar que una ráfaga polvorienta se colara con él.

El vestíbulo olía a col hervida y a esteras viejas. Al fondo, un cartel de colores, demasiado grande para hallarse en un interior, estaba pegado a la pared. Representaba solo un enorme rostro de más de un metro de anchura: la cara de un hombre de unos cuarenta y cinco años con un gran bigote negro y facciones hermosas y endurecidas. Winston se dirigió hacia las escaleras. Era inútil intentar ir por el ascensor. No funcionaba con frecuencia y en esta época la corriente se cortaba durante las horas de día. Esto era parte de las restricciones con que se preparaba la Semana del Odio. Winston tenía que llegar a un séptimo piso. Con sus treinta y nueve años y una úlcera de varices por encima del tobillo

derecho, subió lentamente, descansando varias veces. En cada rellano, frente a la puerta del ascensor, el cartelón del enorme rostro miraba desde la pared. Era uno de esos dibujos realizados de tal manera que los ojos lo siguen a uno adondequiera que vaya. «EL GRAN HERMANO TE VIGILA», decían las palabras al pie.

Dentro del piso una voz llena leía una lista de números que tenían algo que ver con la producción de lingotes de hierro. La voz salía de una placa oblonga de metal, una especie de espejo empañado, que formaba parte de la superficie de la pared situada a la derecha. Winston hizo funcionar su regulador y la voz disminuyó de volumen, aunque las palabras seguían distinguiéndose. El instrumento (llamado «*telepantalla*») podía ser amortiguado, pero no había manera de cerrarlo del todo. Winston fue hacia la ventana: una figura pequeña y frágil cuya delgadez quedaba realizada por el mono azul, uniforme del Partido. Tenía el cabello muy rubio, una cara sanguínea y la piel embastecida por un jabón malo, las romas hojas de afeitar y el frío de un invierno que acababa de terminar.

Fuera, incluso a través de los ventanales cerrados, el mundo parecía frío. Calle abajo se formaban pequeños torbellinos de viento y polvo; los papeles rotos subían en espirales y, aunque el sol lucía y el cielo estaba intensamente azul, nada parecía tener color, salvo los carteles pegados por todas partes. La cara de los bigotes negros miraba desde todas las esquinas que dominaban la circulación. En la casa de enfrente había uno de estos cartelones. «EL GRAN HERMANO TE VIGILA», decían las grandes letras, mientras los sombríos ojos miraban fijamente a los de Winston. En la calle había otro cartel roto por un pico que flameaba espasmódicamente azotado por el

viento, descubriendo y cubriendo alternativamente una sola palabra: «*Socing*». A lo lejos, un helicóptero pasaba entre los tejados, se quedaba un instante colgado en el aire y luego se lanzaba otra vez en un vuelo curvo. Era de la patrulla de policía encargada de vigilar a la gente a través de los balcones y ventanas. Sin embargo, las patrullas eran lo de menos. Lo que importaba verdaderamente era la Policía del Pensamiento.

Detrás de Winston, la voz de la telepantalla seguía murmurando datos sobre el hierro y el cumplimiento del noveno Plan Trienal. La telepantalla recibía y transmitía simultáneamente. Cualquier sonido que hiciera Winston superior a un susurro era captado por el aparato. Además, mientras permaneciera dentro del radio de visión de la placa de metal, podía ser visto a la vez que oído. Por supuesto, no había manera de saber si te observaban en un momento dado. Lo único posible era conjeturar acerca de la frecuencia y el sistema que empleaba la Policía del Pensamiento para controlar un hilo privado. Incluso se concebía que los vigilaran a todos a la vez. Pero, desde luego, podían intervenir tu línea cada vez que se les antojara. Tenías que vivir — en esto el hábito se convertía en un instinto— con la seguridad de que cualquier sonido que emitieras sería registrado y escuchado por alguien y que, excepto en la oscuridad, todos tus movimientos serían observados.

Winston se mantuvo de espaldas a la telepantalla. Así era más seguro; aunque, como él sabía muy bien, incluso una espalda podía ser reveladora. A un kilómetro de distancia, el Ministerio de la Verdad, donde trabajaba Winston, se elevaba inmenso y blanco sobre el sombrío paisaje. «Esto es Londres», pensó con una sensación vaga de disgusto; Londres, principal ciudad

de la Franja Aérea 1, que era a su vez la tercera de las provincias más pobladas de Oceanía. Trató de expresarse de la memoria algún recuerdo infantil que le dijera si Londres había sido siempre así. ¿Hubo siempre estas vistas de decrepitas casas decimonónicas, con los costados revestidos de madera, las ventanas tapadas con cartón, los techos remendados con planchas de cinc acanalado y trozos sueltos de tapias de antiguos jardines? ¿Y los lugares bombardeados, cuyos restos de yeso y cemento revoloteaban pulverizados en el aire, y el césped amontonado, y los lugares donde las bombas habían abierto claros de mayor extensión y habían surgido en ellos sórdidas colonias de chozas de madera que parecían gallineros? Pero era inútil, no podía recordar: nada le quedaba de su infancia, excepto una serie de cuadros brillantemente iluminados y sin fondo, que en su mayoría le resultaban ininteligibles.

El Ministerio de la Verdad —que en Neolengua<sup>1</sup> se llamaba «*Miniver*»— era diferente, hasta un extremo asombroso, de cualquier otro objeto que se presentara a la vista. Era una enorme estructura piramidal de cemento armado blanco y reluciente, que se elevaba, terraza tras terraza, a unos trescientos metros de altura. Desde donde Winston se hallaba, podían leerse, adheridas sobre su blanca fachada en letras de elegante forma, las tres consignas del Partido:

LA GUERRA ES LA PAZ  
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD  
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

1. La Neolengua era el idioma oficial de Oceanía.

Se decía que el Ministerio de la Verdad tenía tres mil habitaciones sobre el nivel del suelo y las correspondientes ramificaciones en el subsuelo. En Londres solo había otros tres edificios del mismo aspecto y tamaño. Estos aplastaban de tal manera la arquitectura de los alrededores que desde el techo de las Casas de la Victoria se podían distinguir, a la vez, los cuatro edificios. En ellos estaban instalados los cuatro ministerios entre los cuales se dividía todo el sistema gubernamental: el Ministerio de la Verdad, que se dedicaba a las noticias, a los espectáculos, la educación y las bellas artes; el Ministerio de la Paz, para los asuntos de guerra; el Ministerio del Amor, encargado de mantener la ley y el orden, y el Ministerio de la Abundancia, al que correspondían los asuntos económicos. Sus nombres, en Neolengua: «*Miniver*», «*Minipax*», «*Minimor*» y «*Minindancia*».

El Ministerio del Amor era terrorífico. No tenía ni una sola ventana. Winston nunca había estado dentro del *Minimor*; ni siquiera se había acercado a medio kilómetro de él. Era imposible entrar allí si no era por un asunto oficial, y en ese caso había que pasar por un laberinto de caminos rodeados de alambre espinoso, puertas de acero y ocultos nidos de ametralladoras. Incluso las calles que conducían a sus muros externos estaban muy vigiladas por guardias con caras de gorila y uniformes negros, armados con porras.

Winston se volvió de pronto. Su rostro había adquirido instantáneamente la expresión de tranquilo optimismo que era prudente llevar al enfrentarse con la telepan-talla. Cruzó la habitación hacia la diminuta cocina. Por haber salido del ministerio a esa hora tuvo que renunciar a almorzar en la cantina y enseguida comprobó que no le

quedaban víveres en la cocina salvo un mendrugo de pan muy oscuro que debía guardar para el desayuno del día siguiente. Tomó de un estante una botella de un líquido incoloro con una sencilla etiqueta que decía: «Ginebra de la Victoria». Aquello olía a medicina, algo así como el licor de arroz chino. Winston se sirvió una tacita, se armó de valor y se lo tragó de un golpe como si se lo hubieran recetado.

Al momento, la cara se le enrojeció y los ojos empezaron a llorarle. Este líquido era como ácido nítrico; además, al tragarlo, se tenía la misma sensación que si le dieran a uno un golpe en la nuca con una porra de goma. Sin embargo, unos segundos después, desaparecía la incandescencia del vientre y el mundo comenzaba a resultar más alegre. Winston sacó un cigarrillo de una cajetilla sobre la cual se leía: «Cigarrillos de la Victoria» y, como lo tenía cogido verticalmente por distracción, se le vació en el suelo. Con el próximo pitillo tuvo ya cuidado y el tabaco no se salió. Volvió al cuarto de estar y se sentó ante una mesita situada a la izquierda de la telepantalla. Del cajón sacó un portaplumas, un tintero y un grueso libro en blanco de tamaño cuartilla, con el lomo rojo y cuyas tapas de cartón imitaban el mármol.

Por alguna razón la telepantalla del cuarto de estar se encontraba en una posición insólita. En vez de hallarse colocada, como era normal, en la pared del fondo, desde donde podría dominar toda la habitación, estaba en la pared más larga, frente a la ventana. A un lado de ella había una alcoba que apenas tenía fondo, en la que se había instalado ahora Winston. Era un hueco que, al ser construido el edificio, probablemente habría sido ideado para que sirviera de alacena o biblioteca. Sentado en aquel hueco y situándose lo más



dentro posible, Winston podía mantenerse fuera del alcance de la telepantalla en cuanto a la visibilidad, ya que no podía evitar que captara sus ruidos. En parte, fue la misma distribución insólita del cuarto lo que lo indujo a lo que ahora se disponía a hacer.

Pero también se lo había sugerido el libro que acababa de sacar del cajón. Era un libro excepcionalmente bello. Su papel, suave y cremoso, un poco amarillento por el paso del tiempo, por lo menos hacía cuarenta años que no se fabricaba. Sin embargo, Winston suponía que el libro tenía muchos años más. Lo había visto en el escaparate de un establecimiento de compraventa en un barrio miserable de la ciudad (no recordaba exactamente en qué barrio había sido) y, en el mismísimo instante en que lo vio, sintió un irrefrenable deseo de poseerlo. Los miembros del Partido no deben entrar en las tiendas corrientes (a esto se le llamaba «traficar en el mercado libre»), pero no se acataba rigurosamente esta prohibición porque había varios objetos —como cordones para los zapatos y hojas de afeitar— que era imposible adquirir de otra manera. Winston, antes de entrar en la tienda, había mirado en ambas direcciones de la calle para asegurarse de que no venía nadie y, en pocos minutos, adquirió el libro por dos dólares cincuenta. En aquel momento no sabía con exactitud para qué deseaba el libro. Sintiendo culpable se lo había llevado a su casa, guardado en su maletín. Aunque estuviera en blanco, tenerlo era comprometido.

Lo que ahora se disponía Winston a hacer era empezar un diario. Esto no se consideraba ilegal (en realidad, nada era ilegal, ya que no existían leyes), pero si lo detenían podía estar seguro de que lo condenarían a muerte, o por lo menos a veinticinco años de trabajos

forzados. Winston colocó un plumín en el portaplumas y lo chupó primero para quitarle la grasa. La pluma era ya un instrumento arcaico. Se usaba rarísimas veces, ni siquiera para firmar, pero él se había procurado una, furtivamente y con mucha dificultad, simplemente porque tenía la sensación de que el bello papel cremoso merecía una pluma de verdad en vez de ser rascado con un lápiz tinta. Pero lo malo era que no estaba acostumbrado a escribir a mano. Aparte de las notas muy breves, lo corriente era dictárselo todo al *hablescribe*, del todo inadecuado para las circunstancias actuales. Mojó la pluma en la tinta y luego dudó unos segundos. En los intestinos se le había producido un ruido que podía delatarlo. El acto trascendental, decisivo, era marcar el papel. En una letra pequeña e inhábil escribió: «4 de abril de 1984».

Se recostó en la silla. Estaba absolutamente desconcertado. Para empezar, no sabía con certeza si aquel era, de verdad, el año 1984. Desde luego, la fecha había de ser esa de manera muy aproximada, puesto que él había nacido en 1944 o 1945, según creía; pero en aquellos días era imposible situarse en una fecha exacta. Y se le ocurrió de pronto preguntarse: ¿para quién estaba escribiendo él ese diario? Para el futuro, para los que aún no habían nacido. Su mente se posó durante unos momentos en la fecha que había escrito a la cabecera y luego se le presentó, sobresaltándolo terriblemente, la palabra neolingüística *doblepensar*. Por primera vez comprendió la magnitud de lo que se proponía hacer. ¿Cómo iba a comunicarse con el futuro? Esto era imposible por su misma naturaleza. Una de dos: o el futuro se parecería al presente y, entonces, no le haría ningún caso, o sería una cosa distinta y, por tanto, lo que él dijera carecería de todo sentido para ese futuro.

Durante algún tiempo se quedó contemplando el papel como un idiota. La telepantalla transmitía ahora estridente música militar. Es curioso: Winston no solo parecía haber perdido la facultad de expresarse, sino también haber olvidado de qué iba a ocuparse. Durante varias semanas se había estado preparando para este momento, y no se le había ocurrido pensar que para realizar esa tarea se necesitara algo más que atrevimiento. El hecho mismo de expresarse por escrito, creía él, le sería muy fácil. Únicamente debía trasladar al papel el interminable e inquieto monólogo que desde hacía muchos años le rondaba por la cabeza. Sin embargo, en ese momento hasta el monólogo se le había olvidado. Además, sus varices habían empezado a escocerle hasta un punto insoportable. No se atrevía a rascarse porque siempre que lo hacía se le inflamaba aquello. Transcurrían los segundos y él solo tenía conciencia de la blancura del papel ante sus ojos, el absoluto vacío de esta blancura, el escozor de la piel sobre el tobillo, el estruendo de la música militar, y una leve sensación de atontamiento producido por la ginebra.

De repente, se puso a escribir con gran rapidez, como si lo impulsara el pánico, dándose apenas cuenta de lo que escribía. Con su letrita infantil iba trazando líneas torcidas y si primero empezó a comerse las mayúsculas, luego suprimió incluso los puntos:

4 de abril de 1984. Anoche fui al cine. Todas las películas eran de guerra. Había una muy buena de un barco lleno de refugiados que lo bombardeaban en no sé dónde del Mediterráneo. Al público le divertieron mucho los planos de un hombre muy grande y muy gordo que intentaba escaparse nadando de un helicóptero que

lo perseguía. primero se le veía en el agua chapoteando como una tortuga, luego aparecía por los visores de las ametralladoras del helicóptero, luego se veía cómo lo iban agujereando a tiros y el agua a su alrededor se ponía toda roja y el gordo se hundía como si el agua le entrase por los agujeros que le habían hecho las balas. La gente se moría de risa cuando el gordo se iba hundiendo en el agua, y también una lancha salvavidas llena de niños con un helicóptero que venga a darle vueltas y más vueltas. había una mujer de mediana edad que bien podía ser judía y estaba sentada en la proa con un niño en los brazos quizá de unos tres años. el niño chillaba preso del pánico, metía la cabeza entre los pechos de la mujer como tratando de esconderse ahí, y la mujer lo rodeaba con los brazos y lo consolaba como si ella no estuviese también aterrada y como si por tenerlo así en los brazos fuera a evitar que le alcanzaran al niño las balas. entonces va el helicóptero y tira una bomba de veinte kilos sobre el bote con una magnífica explosión hasta que no queda ni una astilla de él, y luego salía un primer plano maravilloso del brazo del niño volando por los aires que creo que lo grabó un helicóptero siguiéndolo desde el cielo y la gente aplaudió muchísimo pero una mujer que estaba entre los proletarios empezó a armar un escándalo terrible chillando que no debían echar eso no debían echarlo delante de los críos que no debían hasta que la policía la sacó de allí a rastras no creo que le pasara nada porque a nadie le importa lo que dicen los proletarios porque dicen es la reacción típica de los proletarios y nadie hace caso y nunca...

Winston dejó de escribir, en parte debido a que le daban calambres. No sabía por qué había soltado esa

sarta de incongruencias. Pero lo curioso era que, mientras lo hacía, un recuerdo totalmente distinto había acudido a su memoria con nitidez, hasta el punto de que ya se creía en condiciones de escribirlo. Ahora se daba cuenta de que si había querido venir a casa a empezar su diario precisamente hoy era a causa de este otro incidente.

Había ocurrido aquella misma mañana en el ministerio, si es que algo de tal vaguedad podía haber ocurrido.

Eran casi las once y, en el Departamento de Registro, donde trabajaba Winston, sacaban las sillas de los cubículos y las agrupaban en el centro del vestíbulo, frente a la gran telepantalla, preparándose para los Dos Minutos de Odio. Winston acababa de sentarse en su sitio, en una de las filas de en medio, cuando entraron dos personas a quienes él conocía de vista, pero con las cuales nunca había hablado. Una de estas personas era una chica con la que se había encontrado a menudo en los pasillos. No sabía su nombre, pero sí que trabajaba en el Departamento de Novela. Probablemente —ya que la había visto algunas veces con las manos grasientas y cargada con una llave inglesa— tendría alguna labor mecánica en una de las máquinas de escribir novelas. Era una joven de aspecto audaz, de unos veintisiete años, con espeso cabello negro, cara pecosa y movimientos rápidos y atléticos. Llevaba el mono ceñido por una estrecha faja roja que le daba varias veces la vuelta a la cintura, lo que realzaba la atractiva forma de sus caderas; y ese cinturón era el emblema de la Liga Juvenil Antisexo. A Winston le produjo una sensación desagradable desde el primer momento en que la vio. Y sabía la razón de este mal efecto: la atmósfera de los

campos de hockey y duchas frías, de excursiones colectivas y el aire general de higiene mental que siempre desprendía. En realidad, a Winston le molestaban casi todas las mujeres, y especialmente las jóvenes y bonitas porque eran siempre las mujeres, y sobre todo las jóvenes, las seguidoras más fanáticas del Partido, las que se tragaban todos los eslóganes de propaganda, y abundaban entre ellas las espías aficionadas y las que mostraban demasiada curiosidad por lo heterodoxo de los demás. Pero esta chica determinada le había dado la impresión de ser más peligrosa que la mayoría. Una vez que se cruzaron en el corredor, la joven le había dirigido una rápida mirada oblicua que por unos momentos había dejado aterrado a Winston. Incluso se le había ocurrido que podía ser una agente de la Policía del Pensamiento. Aquello no era, desde luego, muy probable. Sin embargo, Winston seguía sintiendo una extraña intranquilidad cada vez que la chica se hallaba cerca de él, una mezcla de miedo y hostilidad.

La otra persona era un hombre llamado O'Brien, miembro del Partido Interior y titular de un cargo tan remoto e importante que Winston tenía una idea muy confusa sobre de qué se trataba. Se produjo un momento de silencio entre el grupo ya instalado en las sillas cuando vieron acercarse el mono negro de un miembro del Partido Interior. O'Brien era un hombre corpulento con un ancho cuello y un rostro basto, brutal, y sin embargo rebosante de buen humor. A pesar de su formidable aspecto, sus modales eran bastante agradables. Solía ajustarse las gafas con un gesto que tranquilizaba a sus interlocutores; un gesto que, de una manera indefinible, resultaba curiosamente civilizado. Ese gesto —si alguien hubiera sido capaz de pensar así

todavía— podría haber recordado a un aristócrata del siglo XVIII ofreciendo rapé de su cajita. Winston había visto a O'Brien quizá solo una docena de veces en otros tantos años. Sentía hacia él una fuerte atracción, y no solo porque le intrigara el contraste entre los delicados modales de O'Brien y su aspecto de campeón de lucha libre, sino mucho más por una convicción secreta —o quizá ni siquiera fuera una convicción, sino solo una esperanza— de que la ortodoxia política de O'Brien no era perfecta. Algo había en su cara que le impulsaba a uno a sospecharlo irresistiblemente. Y quizá no fuera ni siquiera heterodoxia lo que estaba escrito en su rostro, sino, sencillamente, inteligencia. Pero de todos modos su aspecto era el de una persona con quien se podría hablar si, de algún modo, se pudiera eludir la telepantalla y llevarlo aparte. Winston no había hecho nunca el menor esfuerzo para comprobar su sospecha y es que, en verdad, no había manera de hacerlo. En ese momento, O'Brien miró su reloj de pulsera y, al ver que eran casi las once, como es lógico decidió quedarse en el Departamento de Registro hasta que pasaran los Dos Minutos de Odio. Tomó asiento en la misma fila que Winston, separado de él por dos sillas. Una mujer bajita y de cabello rubio que trabajaba en el cubículo adyacente al de Winston se instaló entre ellos. La chica del cabello negro se sentó detrás de Winston.

Un momento después se oyó un espantoso chirrido, como de una monstruosa máquina sin engrasar, ruido que procedía de la gran telepantalla situada al fondo de la habitación. Era un ruido que le hacía rechinar a uno los dientes y que ponía los pelos de punta. Había empezado el Odio.

Como de costumbre, apareció en la pantalla el ros-

tro de Emmanuel Goldstein, el Enemigo del Pueblo. Del público salieron aquí y allá fuertes silbidos. La mujercita del pelo rubio dio un chillido mezcla de miedo y asco. Goldstein era el renegado que hacía mucho tiempo (nadie podía recordar cuánto) había sido una de las figuras principales del Partido, casi con la misma importancia que el Gran Hermano, y luego se había dedicado a actividades contrarrevolucionarias, había sido condenado a muerte y se había escapado misteriosamente, desapareciendo para siempre. Los programas de los Dos Minutos de Odio variaban cada día, pero en ninguno de ellos dejaba de ser Goldstein el protagonista. Era el traidor por excelencia, el que antes y más que nadie había manchado la pureza del Partido. Todos los subsiguientes crímenes contra el Partido, todos los actos de sabotaje, herejías, desviaciones y traiciones de toda clase procedían directamente de sus enseñanzas. En cierto modo, seguía vivo y conspirando. Quizá se encontrara en algún lugar enemigo, a sueldo de sus amos extranjeros, e incluso era posible que, como a veces se rumoreaba, estuviera escondido en algún sitio de la propia Oceanía.

Winston notó una opresión en el pecho. Nunca podía ver la cara de Goldstein sin experimentar una penosa mezcla de emociones. Era un rostro judío, delgado, con una gran aureola de pelo blanco y despeinado y una barbita de chivo: una cara inteligente que tenía, sin embargo, algo de despreciable y una especie de tontería senil que le prestaba su larga nariz, a cuyo extremo se sostenían en difícil equilibrio unas gafas. Parecía el rostro de una oveja, y su misma voz tenía también un dejo ovejuno. Goldstein pronunciaba su habitual discurso envenenado en el que atacaba las doctrinas del Partido;



un ataque tan exagerado y perverso que hasta un niño podía darse cuenta de que sus acusaciones no se sostenían y, sin embargo, lo bastante verosímil para alarmarlo a uno de la posibilidad de que otras personas menos sensatas se dejaran influir por él. Insultaba al Gran Hermano, acusaba al Partido de ejercer una dictadura y pedía que se firmara de inmediato la paz con Eurasia. Abogaba por la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de reunión y la libertad de pensamiento, gritando histéricamente que la Revolución había sido traicionada. Y todo esto a una rapidez asombrosa, lo cual era una especie de parodia del estilo habitual de los oradores del Partido, e incluso utilizando palabras de Neolengua, quizá más neolingüísticas de las que solían emplear los miembros del Partido en la vida corriente. Y mientras gritaba, por detrás de él desfilaban interminables columnas del ejército de Eurasia, para que nadie interpretase como simple palabrería la oculta maldad de las frases de Goldstein. Aparecían en la pantalla filas y más filas de forzudos soldados, con impenetrables rostros asiáticos; se acercaban a primer término y desaparecían para ser reemplazados por otros de idéntico aspecto. El sordo y rítmico clap-clap de las botas militares formaba el contrapunto de la hiriente voz de Goldstein.

Antes de que hubieran transcurrido treinta segundos de Odio, la mitad de los espectadores lanzaban incontenibles exclamaciones de rabia. El rostro ovejuno y satisfecho del enemigo y el terrorífico poder del ejército que desfilaba a sus espaldas eran demasiado para que nadie pudiera quedarse indiferente. Además, solo con ver a Goldstein o pensar en él surgían el miedo y la ira automáticamente. Era él un objeto de odio más cons-

tante que Eurasia o que Asia Oriental, ya que cuando Oceanía estaba en guerra con alguna de estas potencias, solía hallarse en paz con la otra. Pero lo extraño era que, a pesar de ser Goldstein el blanco de todos los odios y de que todos lo despreciaran, a pesar de que apenas pasaba día —y cada día ocurría esto mil veces— sin que sus teorías fueran refutadas, aplastadas, ridiculizadas en la telepantalla, en las tribunas públicas, en los periódicos y en los libros..., a pesar de todo ello, su influencia no parecía disminuir. Siempre había nuevos incautos dispuestos a dejarse engañar por él. No pasaba ni un solo día sin que espías y saboteadores que trabajaban bajo sus órdenes fueran descubiertos por la Policía del Pensamiento. Era el jefe supremo de un inmenso ejército que actuaba en la sombra, una subterránea red de conspiradores que se proponían derribar al Estado. Se suponía que esa organización se llamaba la Hermandad. Y también se rumoreaba que existía un libro terrible, compendio de todas las herejías, del cual era autor Goldstein y que circulaba clandestinamente. Era un libro sin título. La gente se refería a él llamándolo sencillamente «el libro». Pero de estas cosas solo era posible enterarse por vagos rumores. Los miembros corrientes del Partido no hablaban jamás de la Hermandad ni del libro si tenían manera de evitarlo.

En el segundo minuto, el Odio llegó al frenesí. Los espectadores saltaban y gritaban enfurecidos tratando de apagar con sus gritos la perforante voz que salía de la pantalla. La mujer del cabello rubio se había puesto al rojo vivo y abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua. Incluso O'Brien tenía la cara congestionada. Estaba sentado muy rígido y respiraba con su poderoso pecho como si estuviera resistiendo la presión de una

gigantesca ola. La joven sentada exactamente detrás de Winston, aquella morena, había empezado a gritar: «¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!», y, de pronto, cogiendo un pesado diccionario de Neolengua, lo arrojó a la pantalla. El diccionario le dio a Goldstein en la nariz y rebotó. Pero la voz continuó inexorable. En un momento de lucidez descubrió Winston que estaba chillando histéricamente como los demás y dando fuertes patadas con los talones contra los travesaños de su propia silla. Lo horrible de los Dos Minutos de Odio no era el que cada uno tuviera que desempeñar allí un papel, sino al contrario, que era del todo imposible evitar la participación. A los treinta segundos ya no hacía falta fingir. Un éxtasis de miedo y venganza, un deseo de matar, de torturar, de aplastar rostros con un martillo, parecían recorrer a todos los presentes como una corriente eléctrica, convirtiéndolo a uno, incluso contra su voluntad, en un loco gesticulador y vociferante. Y, sin embargo, la rabia que se sentía era una emoción abstracta e indirecta que podía aplicarse a uno u otro objeto como la llama de un soplete. Así, en un momento determinado, el odio de Winston no se dirigía contra Goldstein, sino contra el propio Gran Hermano, contra el Partido y contra la Policía del Pensamiento; y entonces su corazón estaba de parte del solitario e insultado hereje de la pantalla, único guardián de la verdad y la cordura en un mundo de mentiras. Pero al instante siguiente se hallaba identificado por completo con la gente que lo rodeaba y le parecía verdad todo lo que decían de Goldstein. Entonces, su odio contra el Gran Hermano se transformaba en adoración, y el Gran Hermano se elevaba como una invencible torre, como una valiente roca capaz de resistir los ataques de las hordas asiáticas, y

Goldstein, a pesar de su aislamiento, de su desamparo y de la duda que flotaba sobre su existencia misma, aparecía como un siniestro brujo capaz de acabar con la civilización entera tan solo con el poder de su voz.

Incluso era posible, en ciertos momentos, desviar el odio en una u otra dirección mediante un esfuerzo de voluntad. De pronto, por un esfuerzo semejante al que nos permite separar de la almohada la cabeza para huir de una pesadilla, Winston conseguía trasladar su odio del rostro en la pantalla a la chica morena que se encontraba detrás de él. Por su mente pasaban, como ráfagas, bellas y deslumbrantes alucinaciones. Le daría latigazos con una porra de goma hasta matarla. La ataría desnuda en un poste y la atravesaría con flechas como a san Sebastián. La violaría y en el momento del clímax le cortaría la garganta. Sin embargo, se dio cuenta mejor que antes de por qué la odiaba. La odiaba porque era joven y bonita y asexual; porque quería acostarse con ella y no, nunca lo haría; porque alrededor de su dulce y cimbreada cintura, que parecía pedir que la rodearan con el brazo, no había más que la odiosa banda roja, agresivo símbolo de castidad.

El Odio alcanzó su apogeo. La voz de Goldstein se había convertido en un auténtico balido ovejuno. Y su rostro, que había llegado a ser el de una oveja, se transformó en la cara de un soldado de Eurasia, el cual parecía avanzar, enorme y terrible, sobre los espectadores lanzando atronadores disparos con su metralleta. Enteramente parecía salirse de la pantalla, hasta tal punto que muchos de los presentes se echaban hacia atrás en sus asientos. Pero en el mismo instante, produciendo con ello un hondo suspiro de alivio en todos, la amenazadora figura se fundía para que surgiera en su lugar el

rostro del Gran Hermano, con su negra cabellera y sus grandes bigotes negros, un rostro rebosante de poder y de misteriosa calma y tan grande que casi llenaba la pantalla. Nadie oía lo que el Gran Hermano estaba diciendo. Eran solo unas cuantas palabras para animarlos; esas palabras que suelen decirse a las tropas en cualquier batalla, y que no es preciso entenderlas una por una, sino que infunden confianza por el simple hecho de ser pronunciadas. Entonces, desapareció a su vez la monumental cara del Gran Hermano y, en su lugar, aparecieron los tres eslóganes del Partido en grandes letras:

LA GUERRA ES LA PAZ  
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD  
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Pero daba la impresión de que el rostro del Gran Hermano persistía en la pantalla durante algunos segundos, como si el «impacto» que había producido en las retinas de los espectadores fuera demasiado intenso para borrarse inmediatamente. La mujer del cabello rubio se lanzó hacia delante, agarrándose a la silla de la fila anterior, y luego, con un trémulo murmullo que sonaba algo así como «¡Mi salvador!», extendió los brazos hacia la pantalla. Después ocultó la cara entre las manos. Sin duda, estaba rezando.

Entonces todo el grupo prorrumpió en un canto rítmico, lento y profundo: «¡Ge, hache! ¡Ge, hache! ¡Ge, hache!...», dejando una gran pausa entre la «g» y la «h». Era un canto monótono y salvaje en cuyo fondo parecían oírse pisadas de pies desnudos y el batir de los tamtanes. Este canturreo duró unos treinta segun-

dos. Era un estribillo que surgía en todas las ocasiones de gran emoción colectiva. En parte, era una especie de himno a la sabiduría y majestad del Gran Hermano; pero, más aún, constituía aquello un procedimiento de autohipnosis, un modo deliberado de ahogar la conciencia mediante un ruido rítmico. A Winston parecían enfriársele las entrañas. En los Dos Minutos de Odio, no podía evitar que la oleada emotiva lo arrasara, pero ese infrahumano canturreo —«¡Ge, hache! ¡Ge, hache! ¡Ge, hache!...»— siempre lo llenaba de horror. Desde luego, se unía al coro; esto era obligatorio. Controlar los verdaderos sentimientos y hacer lo mismo que hicieran los demás era una reacción natural. Pero durante un par de segundos sus ojos podrían haberlo delatado. Y fue precisamente en esos instantes cuando ocurrió aquello que a él le había parecido significativo... si es que había ocurrido.

Momentáneamente, cruzó la mirada con la de O'Brien. Este se había levantado; se había quitado las gafas y se las estaba volviendo a colocar con su delicado y característico gesto. Pero durante una fracción de segundo se encontraron sus ojos con los de Winston y este supo —sí, lo supo— que O'Brien pensaba lo mismo que él. Un inconfundible mensaje se había cruzado entre ellos. Era como si sus dos mentes se hubieran abierto y los pensamientos hubieran volado de la una a la otra a través de los ojos. «Estoy contigo —parecía estarle diciendo O'Brien—. Sé en qué estás pensando. Conozco tu asco, tu odio, tu disgusto. Pero no te preocupes: ¡estoy contigo!» Y luego la fugacísima comunicación se había interrumpido y la expresión de O'Brien se tornó tan inescrutable como la de todos los demás.

Eso fue todo, y ya no estaba seguro de que hubiera

sucedido. Tales incidentes nunca tenían consecuencias para Winston. Lo único que hacían era mantener viva en él la creencia o la esperanza de que otros, además de él, eran enemigos del Partido. Quizá, después de todo, resultaran ciertos los rumores de extensas conspiraciones clandestinas; quizá existiera de verdad la Hermandad. Era imposible, a pesar de los continuos arrestos y las constantes confesiones y ejecuciones, estar seguro de que la Hermandad no era sencillamente un mito. Algunos días, Winston lo creía; otros, no. No había pruebas; solo destellos que podían significar algo o no significar nada: retazos de conversaciones oídas al pasar, algunas palabras garabateadas en las paredes de los lavabos, y, alguna vez, al encontrarse dos desconocidos, ciertos movimientos de las manos que podían parecer señales de reconocimiento. Pero todo ello eran suposiciones que podían resultar totalmente falsas. Winston había vuelto a su cubículo sin mirar otra vez a O'Brien. Apenas cruzó por su mente la idea de continuar ese contacto momentáneo. Habría sido peligroso en extremo incluso si hubiera sabido él cómo entablar esa relación. Durante uno o dos segundos habían intercambiado una mirada equívoca, y eso era todo. Pero, incluso así, se trataba de un acontecimiento memorable en el aislamiento casi hermético en que uno tenía que vivir.

Winston se sacudió de encima estos pensamientos y se irguió en la silla. Se le escapó un eructo. La ginebra estaba haciendo su efecto.

Volvió a fijar sus ojos en la página. Descubrió entonces que, durante todo el tiempo en que había estado recordando, no había dejado de escribir como impulsado por una acción automática. Y ya no era la inhábil escritura retorcida de antes. Su pluma se había desliza-

do voluptuosamente sobre el suave papel, imprimiendo en claras y grandes mayúsculas lo siguiente:

ABAJO EL GRAN HERMANO  
ABAJO EL GRAN HERMANO  
ABAJO EL GRAN HERMANO  
ABAJO EL GRAN HERMANO  
ABAJO EL GRAN HERMANO

Una vez y otra, hasta llenar media página.

No pudo evitar un escalofrío de pánico. Era absurdo, ya que escribir aquellas palabras no era más peligroso que el acto inicial de empezar un diario; pero, por un instante, estuvo tentado de romper las páginas ya escritas y abandonar su propósito.

Sin embargo, no lo hizo, porque sabía que era inútil. El hecho de escribir «ABAJO EL GRAN HERMANO» o no escribirlo era completamente igual. Continuar con el diario o renunciar a escribirlo venía a ser lo mismo. La Policía del Pensamiento lo descubriría de todas maneras. Winston había cometido —seguiría habiendo cometido, aunque no hubiera llegado a posar la pluma sobre el papel— el crimen esencial que contenía en sí todos los demás. El *crimental* lo llamaban. El *crimental* no podía ocultarse durante mucho tiempo. En ocasiones, podías llegar a esquivarlo durante un tiempo, incluso años, pero antes o después acababan descubriéndote. Las detenciones ocurrían invariablemente por la noche. Te despertabas sobresaltado porque una mano te sacudía el hombro, una linterna te enfocaba los ojos y un círculo de sombríos rostros aparecía en torno a tu cama. En la mayoría de los casos no había proceso alguno ni se daba cuenta de la detención por los canales



oficiales. La gente desaparecía sencillamente y siempre durante la noche. Tu nombre desaparecía de los registros, se borraba de todas partes toda referencia a lo que hubieras hecho y tu paso por la vida quedaba anulado por completo como si jamás hubieras existido. Para esto se empleaba la palabra «vaporizado».

Winston sintió que una especie de histeria se apoderaba de él. Empezó a escribir con trazos rápidos y descuidados:

*me matarán no me importa me matarán me dispararán en la nuca me da lo mismo abajo el gran hermano siempre lo matan a uno por la nuca no me importa abajo el gran hermano...*

Se recostó en la silla, un poco avergonzado de sí mismo, y dejó la pluma sobre la mesa. De repente, se sobresaltó espantosamente. Habían llamado a la puerta.

¡Tan pronto! Se quedó sentado, quieto como una estatua, con la tonta esperanza de que quienquiera que fuese se marchara al ver que no le abrían. Pero no, la llamada se repitió. Lo peor que podía hacer Winston era tardar en abrir. El corazón le redoblaba como un tambor, aunque es muy probable que sus facciones, a fuerza de la costumbre, resultaran inexpresivas. Se levantó y se acercó pesadamente a la puerta.